

La rebelión de los públicos

HUGO AZNAR

El 38º Premio Enrique Ferrán de artículos, convocado por 'El Ciervo' con el tema 'El futuro de los movimientos ciudadanos', se ha concedido en esta edición a Hugo Aznar, profesor de la Universidad CEU Cardenal Herrera de Valencia. En estas páginas reproducimos su artículo junto al del finalista, el historiador Andreu Llabina, y otros tres que el jurado creyó conveniente reproducir por su interés y la aportación de sus perspectivas.

Hoy el público se siente como un espectador sordo sentado en la última fila. Así de gráficamente describía Lippmann, a mitad de los años veinte del pasado siglo, la situación de las personas en una sociedad que se había hecho terriblemente compleja, grande, globalizada. Lippmann trazaba una distinción entre *insiders* y *outsiders*. Lo mejor era que la gente se dedicara a sus propios asuntos ya que difícilmente podían tener idea de las cosas en esta nueva y complicada gran sociedad. Eran *outsiders* y mejor así. La dirección de la sociedad debía quedar en manos de los expertos y los políticos, que tomarían mejores decisiones por conocer los asuntos y tener experiencia: eran los *insiders*. Lippmann tituló el libro en que exponía estas ideas *El público fantasma*: eran tiempos difíciles donde el público ilustrado se difuminaba, se volvía un convidado de piedra. Lippmann no escribió su obra para acabar con la democracia sino todo lo contrario, para salvarla en una época en que fascismos y totalitarismos comenzaban a desfilar por las calles.

Un par de años después le respondió otro autor que lo había leído con interés. Era el filósofo americano John Dewey, mayor pero más fiel que Lippmann a sus principios progresistas. Dewey decía que los nuevos tiempos

“Es necesario rediseñar los espacios de la participación colectiva en la vida pública

requerirían nuevas formas políticas, pero que estas no estaban listas aún y por tanto no era posible describirlas. Sin embargo en sus páginas planteaba un cambio conceptual crucial: el público no está compuesto por los miembros de una clase o los que saben de algo, ni tan siquiera por quienes viven en un mismo lugar; el público, los nuevos públicos de la gran sociedad actual, señalaba Dewey, los forman los afectados. Siempre que las acciones o decisiones de unos produzcan consecuencias para otros, tendremos ahí un público con el derecho moral a no ser excluido, a no ser considerado un *outsider*,

a no quedar convertido en un fantasma. De este cambio se debían seguir otros: la democracia debía pasar a ser un sistema articulado de expresión y participación de estos múltiples públicos; algo que desbordaría el estrecho marco institucional de la democracia política para inherir al conjunto de la vida social. Fábricas, iglesias, universidades deberían organizarse para ofrecer oportunidades a la participación de los públicos, de los afectados por sus actividades. Dewey no daba indicaciones de cómo articular esto. Quizás por esto, o quizás también por los mismos vientos de guerra que ya se anunciaban, su propuesta se quedó dormida.

Las manifestaciones de estos últimos años tienen mucho de expresión de descontento: el descontento lógico de quien siente que paga por los platos rotos de otros. Mucha gente se ha echado a la calle impulsada por la indignación de sentirse estafado, directamente –desahuciados, preferentes– o indirectamente –parados, jóvenes a los que se le ha esfumado el futuro inmediato. Derechos básicos, que parecían una conquista asegurada, se los estarían llevando por delante medidas neoliberales para paliar una crisis provocada por ese mismo neoliberalismo desatado.

Pero sería corto de vista ver en esas manifestaciones únicamente el motivo



Hugo Aznar (Valencia, 1961) es profesor de Ética de la Comunicación e Historia del Pensamiento Político de la Universidad CEU Cardenal Herrera de Valencia. Entre sus publicaciones destacan *Comunicación responsable* (Barcelona, Ariel, 2011), ganadora en su día del Premio de Investigación sobre Comunicación del CAC, y una reciente traducción de *Libertad y prensa* de Lippmann (Madrid, Tecnos, 2011). En la actualidad dirige el Proyecto I+D del Mineco sobre sociedad de masas y ciudadanía en la obra de Lippmann y Ortega, con el que está relacionado este artículo. ▀

de la queja. Como impulso inmediato, seguro que sí. Pero en el trasfondo podría haber algo más. No es *sólo* la economía: no es *sólo* un descontento pasajero que cuando vuelvan las vacas gordas –si lo hacen– pasará. Hay algo más en juego. Junto al motivo puntual que mueve a salir a la calle a reclamar está también el sentimiento quizás más latente pero también más profundo de insuficiencia, de limitación, de pobreza del modelo actual de democracia. Una democracia donde apenas puedes participar en decidir nada de aquello que nos afecta.

Junto a la queja alienta por tanto otra reclamación más honda y duradera: la de poder participar en las decisiones que nos afecten. Una democracia no puede limitarse a ser un sistema de reciclaje de las elites, de recambio de los *insiders* que una y otra vez dejen fuera al público, condenado a mirar y callar. Debe ofrecer, por el contrario, ocasiones y oportunidades de participar a quienes tienen la motivación y el interés de hacerlo. Lo que vivimos ahora es pues señal de algo más profundo: la rebelión de los públicos. El público de la fila del fondo quiere salir también al escenario: quiere participar en la dirección colectiva de la sociedad de la que había sido excluido. Es posible que durante un tiempo se sintiera abrumado por la situación novedosa de un mundo complejo o por las presiones de una guerra siempre más o menos presente, como fue la guerra fría. Pero el público de hoy ya no es el mismo de hace cien años. Está más preparado y se siente más capaz e interesado en poder participar en aquellas decisiones que le afectan.

En las protestas, en las manifestaciones, en las asambleas callejeras

“ Junto a la queja alienta otro tipo de reclamación: la de poder participar en las decisiones

de estos tiempos hay dos corrientes en juego y en una de ellas, la más profunda, late un cambio de ciclo histórico. Se cierra una etapa que se inició justamente en el anterior cam-

bio de siglo, cuando se formaron las claves del nuevo mundo industrial y globalizado. Cien años después hay que dar nuevas soluciones a aquellos mismos problemas. Y la evidencia más inmediata de esa necesidad está en las calles: en la pretensión de los ciudadanos de volver a la arena pública. Gente que se siente interesada, capaz y motivada para decir algo en torno a las decisiones que forjan el destino colectivo de todos, incluido el suyo propio. Gente cansada de estar en la fila de atrás y con ganas de salir al escenario de su propia existencia en común. La respuesta a esta demanda legítima no puede ser subir las multas por manifestarse, sino más bien abrir las puertas de las instituciones. El reto que la calle ha puesto sobre la mesa no es pues menor ni pasajero: es necesario rediseñar los espacios de la participación colectiva en la vida pública. Que las personas pasen y hablen. ▀

Acta del jurado

A las 14.45 h. del día 17 de diciembre de 2013 se reúne en Barcelona el jurado que debía conceder el 38 Premio Enrique Ferran de artículos, que convoca la revista *El Ciervo* y que este año tenía como tema “El futuro de los movimientos ciudadanos”. Forman el jurado Eulàlia Solé, Salvador Giner, Eduard Ibáñez, Soledad Gomis y Jordi Pérez Colomé, que actúa de secretario con voto.

El jurado se muestra satisfecho por la variedad de los 96 originales presentados, un 25 por ciento de América Latina. La mayoría analiza estos movimientos desde un punto de vista sociológico y describe su significado y sus repercusiones de cara al futuro.

Por consenso, el jurado otorga el premio al artículo “La rebelión de los públicos”, de Hugo Aznar, y declara finalista al titulado “La calle se mueve”, de Andreu Llabina.

Barcelona, 17 de diciembre de 2013